



MÚN. 150

BARCELONA, 22 MARZO 1902

25 CÈNTS.

Ayuntamiento de Madrid



Sobre la cumbre del monte, se alza triste y sombrío el castillo feudal de los Condes de Casablanca, cuyas ruinosas almenas cubre eternamente la nieve... En la falda de aquél existe el pueblo del mismo nombre, viviendas que pertenecieron en otros tiempos á servidores del señor feudal.

Es una aldea pequeña, y sus moradores gente sencilla y supersticiosa, andan preocupados con la presencia de un fantasma, que á media noche, desciende con vertiginosa carrera por la senda que conduce al castillo; debiendo habitar los subterráneos que conducen á las entrañas del monte.

Están aterrados con la presencia de aquel ser del otro mundo, pero no dejan de bendecirle, pues aquel año, el frío intenso que hace, impide á los leñadores ganar el pan de sus hijos y se encuentran misteriosamente socorridos.

También los ayuda en los días más aciagos, *el señorito*, que hacía poco tiempo llegó á la aldea, sin que pudieran adivinar el objeto que le llevó á aquel pueblo ignorado, cuyo nombre no figuraba en ninguna carta geográfica. Salía únicamente de noche el misterioso personaje, que suponían en relaciones con el fantasma; algunos aseguraban haberles visto juntos en la cañada, un día que volvían del molino, y el más atrevido juraba y perjuraba que el fantasma tenía cara de mujer.

..

Cuando hizo su aparición en el mundo, la joven condesa de Casablanca, tenía apenas diez y ocho años, y su deslumbrante belleza fué durante algún tiempo, el tema obligado en los salones aristocráticos. Era una belleza que inspiraba dulces pasiones, grandes en el fondo, como adoramos la mujer fruto de nuestra imaginación, intangible, sí, pero muy amada.

Nació en el castillo del mismo nombre, quedándose huérfana, cuando contaba muy pocos años. Al presentarse en el mundo rompía la vida monótona y triste, que vivió en aquel nido de águilas. Las novelas que durante muchos años fueron sus amigas, derramando sobre su corazón raudales de ternura, y se manifestaron en ella, deseos de querer; pero con la abnegación de los protagonistas de infinitos dramas, que en su imaginación soñadora se agitaban como sombras.

No coincidía el hombre que ella había soñado, con el que la designó su padre: un hombre mundano, que con su buena figura, el título de marqués, y las riquezas que poseía le hicieron triunfar siempre. A Elena le pareció un muñeco muy elegante, pero como tal sin corazón; era frívolo, se expresaba muy bien sin salir siempre de los mismos moldes, y ella, ingénua y sencilla, le desengañó muy pronto, y francamente manifestó á su padre la resolución. El conde, hombre voluntarioso y soberbio, la juró que no saldría del castillo, y al poco tiempo, se eclipsó para siempre en los salones la estrella más brillante de la hermosura.

Cuando Elena volvió á encontrarse en su biblioteca experimentó una sensación de felicidad; volvía á reunirse con sus buenos amigos sin que de los días pasados en la corte, le restara, más que un recuerdo vago y un desengaño cruel: su padre no la quería, puesto que la sacrificaba á su orgullo.

Una tarde que volvía de paseo, se encontró con un hombre á caballo, que ignorando el rumbo que debía seguir, la rogó le indicase el camino del pueblo de Casablanca; le invitó á acompañarla, pues ella tenía que pasar por él, para dirigirse al castillo. La refirió que era ingeniero, llevándole allí el objeto de descubrir una mina, de cuya existencia sospechaban por la naturaleza geológica del terreno.

Sus entrevistas fueron muy frecuentes.

Cuando llegó á oídos del conde que su hija amaba á un *aventurero*, dió órdenes severas para que la

señorita no saliera del castillo, y que por todos los medios impidieran, que él, se aproximara á las cercanías.

Transcurrió algún tiempo, sin que tuvieran una entrevista.

Fiados en la sencillez de los aldeanos imaginaron el siguiente medio:

A media noche, Elena envuelta en un abrigo de pieles blancas, bajaría á caballo por el monte, para reunirse con su amante.

El resultado fué excelente, pues la superstición de los campesinos, les ponía á cubierto de cualquier asechanza; pero un día, apareció muerto el tío Quico, el alcalde, y el miserable que le asesinó, fué el primero en manifestar sus sospechas, de que *la fantasma* debió cometer el delito. Tras larga discusión se la declaró guerra á muerte, estando conformes en la dificultad de matarla, pues debía ser *adrea*.

La luna desde el zenit, derramaba su haz de luz pálida, que irradiaba sobre la impecable blancura de los campos, vivos reflejos, como si el suelo fuera de brillantes.

Caminaban Elena y el ingeniero, con las manos entrelazadas, agenos al frío que entumecía sus cuerpos, felices, sonrientes, con la mirada en la bóveda celeste, como si á través de la inmensidad del espacio, adivinaran un porvenir risueño. Marchaba detrás el caballo, que frecuentemente lanzaba sordos relinchos.

La campana de la aldea, comenzó á sonar con precipitación, y sus tañidos eran dolorosos, como lamentos de un agónico... y allá... lejos, multitud de sombras se agitaban en fantástico movimiento, como fruto de una pesadilla.

—Estamos perdidos,—dijo él.

Y sin perder un instante montaron á caballo. Sobre la grupa, Elena se estremecía de miedo. Partió el caballo á escape; pero las sombras eran cada vez más perceptibles.

Al poco rato, el caballo empezó á ceder, y divisaron claramente muchos jinetes que pronto les alcanzarían. Sonó una descarga, y Elena ahogó un gemido.

—Me han matado,—murmuró con voz débil. Y el último aliento, le perdió en el último beso.

Un grito salvaje, que más parecía un rugido, voló del pecho del ingeniero; abrazó su hermosa carga, que colocó delante, y loco, frenético, hirió al caballo con su puñal: relinchó de dolor, y partió como una flecha; el vértigo se apoderó de él.

Habían recorrido una distancia enorme, cuando el noble animal, rodó por la nieve agonizando.

Cuando clareaba el día, llegó aquella multitud ávida de sangre y contempló con horror su obra.

Abrazado á la muerta, estaba él, con el pecho destrozado, como si hubiera querido arrancarse el corazón para dar vida al ser querido. En la cara de ella, quedó impresa la felicidad del último beso... En el rostro de él, la muerte marcó las huellas de un sufrimiento sin límites.

La nieve queriendo borrar las huellas de aquel drama sangriento, las cubría poco á poco, con su manto de armiño...

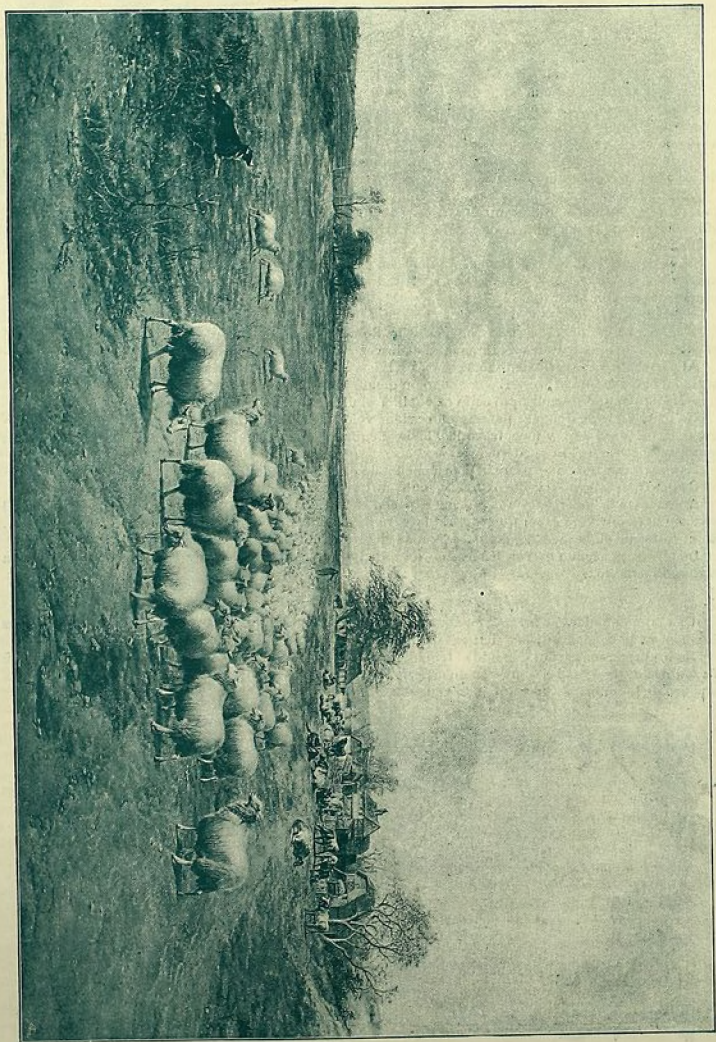
Una cruz de piedra se levanta en aquel sitio, y con frecuencia algunas almas piadosas dedican sus oraciones á la memoria de las víctimas de un error.

En los inviernos crudos, cuando el frío hiela el lodo del bosque, los leñadores lloran al recuerdo de *la fantasma*, pues sus hijos mueren de miseria. En su imaginación calenturienta por el hambre, ven la sombra de la señorita Elena que pide venganza...

F. JIMÉNEZ Y ROJAS



S. Cooper: GÉNERO DE LANA



TERCETO DE AMOR

I

Se conocieron en una tertulia.

Era Ricardo un gran pianista; y era Elena una gran cantante.

Nacidos ambos en el seno de familias modestas, pero medianamente acomodadas, cifraron su ventura en el estudio y el talento.

A los veinte años eran profesores en su arte; pero no daban lecciones, no asistían en forma de concertistas á ningún espectáculo público.

Su timidez y su modestia los tenía relegados en el oscuro rincón de sus sencillos y honrados hogares, no dando á la publicidad sus méritos si no en alguna tertulia de sus amigos.

Pero una noche, estas dos almas gemelas se encontraron, y desde el primer momento se comprendieron.

Hasta entonces había sido su vida un largo soliloquio; desde aquel momento empezó á ser dúo.

Ricardo decía á solas antes de conocer á Elena:

—¡Qué hermosa es la gloria del músico! ¡Qué deliciosa la vida consagrada exclusivamente al arte!

Y en efecto, aunque los primeros trabajos con que nos iniciamos en cualquier conocimiento, son rudísimos al entrar el joven en el encantado dominio de las mágicas notas, había experimentado un placer vivísimo en descifrar los misteriosos signos del pentagrama, puestos los ojos siempre en el sol radiante del renombre.

Pero cuando transcurrido algún tiempo, había avanzado muchísimo en el camino emprendido vió que aquella ilusión elevada, aquel humo sonrosado que se desvanecía entre los dedos al tocarlo, no bastaban para llenar su corazón. Faltábale algo, aunque no se daba cuenta de ello.

Era un gran pianista, pero las notas que arrancaba al sonoro instrumento parecían repercutir en su alma como en un desierto.

Por su parte á Elena le sucedía lo propio.

—Cuando yo sea cantante,—decía,—cuando yo pueda con mi voz interpretar los cantos más sublimes, seré dichosísima.

Y su alma pura y noble, no se halló tampoco satisfecha cuando aquel deseo fué una realidad.

Elena en poco tiempo llegó á ser una gran artista, y aun sin haber dado ningún paso por el camino de la fama, ya se sentía hastiada del divino arte.

También faltábale algo para su ventura.



II

Ricardo y Elena al encontrarse, comprendieron que mutuamente eran el algo que antes deseaban. No; no le bastan al corazón para su dicha completa los mentidos halagos mundanos. Necesita,

en cambio, una realidad hermosa. ¿Y qué realidad existe más bella que el amor, el amor de dos seres escogidos, que se adoran profunda y completamente?

La noche en que se conocieron cantó ella y tocó él admirablemente. No interpretaban solo las notas escritas en el papel, sino algo más, algo inexplicable y desconocido. Es que hablaba el sentimiento. Es que dos llamas ocultas hasta entonces estallaban en pleno ambiente y se unían prestándose calor y brillantez.

Jamás los jóvenes recibieron una ovación igual. Los tertulianos los aplaudieron embelesados. Y no faltó quien creyó descubrir aquella pasión, que subitamente acababa de nacer entre aquellos dos espíritus sencillos y buenos.

Después de aquella noche Ricardo y Elena se vieron con frecuencia. El joven la escribió y ella le

correspondió. Y como desde las primeras palabras se comprendieron, no demoraron su felicidad; antes bien apresuraron la boda cuanto les fué posible.

¡Con qué delicia fué Ricardo organizando su hogar! Alquiló un cuartito modesto, pero elegante, y empezó a llevar á él muebles y objetos, que primeramente eran elegidos por Elena. Y poco á poco, como el pájaro va formando su nido, Ricardo fué formando su casa, esto es, el nido de su amor, el santuario de su ventura, el refugio de sus más caras ilusiones.

Y no fué el destino con los jóvenes cruel, porque unidos por el santo lazo, fueron dichosísimos. Seguían ambos consagrados al arte á la vez que continuaban adorándose.

III

Sin embargo, en medio de su felicidad, buscaban algo más. ¿Fortuna?... No la ambicionaban; porque sin ser opulentos gozaban de un relativo bienestar, suficiente para no depender de nadie. El arte para ellos, lo mismo que el amor, constituía una religión que observaban fielmente; pero en sus almas generosas proseguía hablando una voz que demandaba más cariño, más ideal, más ventura.

Un día Elena, toda ruborizada confió á su esposo un dulce secreto: ¡La inmensa dicha de ser madre! El cielo había bendecido aquella santa unión, concediéndoles el algo que echaban de menos, y que había de ser el complemento de la ventura de aquel delicioso hogar. ¡Con cuánto júbilo fué recibido el tierno vástago! Desde aquel momento los jóvenes esposos se consideraron los seres más felices de la tierra. Y en realidad lo eran. Amor, paternidad, arte. ¿Qué más podían desear?

—Nada os falta para ser dichosos, —les decían sus amigos.

—Es cierto, —respondían; —en las armonías de la existencia formamos un terceto de amor; un terceto superior á todos, en que los corazones se unen indisolublemente para formar un solo himno, el himno de gracias á la Providencia que permite un poco de felicidad á los seres creados.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE

(Dibujos de Ernesto Gutiérrez.

Estos pensamientos acudían á la mente de la bella Rosita y callaba y guardaba aquel secreto en el fondo de su alma, dudando casi de que fuera cierto.

II

Vino el verano con toda su exuberancia de vida, de luz y de calores; los campos reverdecieron; los árboles empezaban á cargarse de apetitosa fruta; las cosmopolitas golondrinas, emigrantes de otros países, cruzaban el espacio revoloteando alegremente; los golfos gorriones formaban sus nidos en los tejados y miradores de las alquerías y saltaban por los ribazos y sendas de la huerta, picoteando con descaro, meneando con ligereza la cola y lanzando al aire sus gorjeos.

La alquería vecina á la de Rosita, que permanecía cerrada y abandonada durante el invierno, apareció una mañana abierta, limpia y arreglada.

El corazón de la muchacha latió dulcemente apenas se percibió de aquel cambio y sus hermosas mejillas se colorearon de vivo carmín.

Allí estaba ya Rafael, el ser que ella adoraba; no tardaría en ir á verla, pretestando saludar á la familia y fumar un cigarro con su padre, mientras charlaban de cosas del campo.

Al fin podría verlo otra vez todos los días, escuchar sus frases apasionadas, y por las noches, por la puerta del corral, teniendo á la luna por único testigo, departir con la sozobra pintada en el semblante y la dulce emoción en el alma. Y así ocurrió: Rafael fué á verles, se encontraron sus ardientes miradas, se repitieron con los ojos su amor eterno y al marcharse, luego de un buen rato de agradable charla, la preguntó él bajito, muy bajito: —¿A las once?

—¡Sí!—le respondió ella con una voz que parecía un suspiro; y así fué concertada la cita de aquella noche.

A la primera siguió otra y otra y todas las noches á la misma hora, cuando todos dormían, los dos enamorados sentados á la puerta del corral, ocultos por el tronco de un corpulento árbol, con las manos entrelazadas, se abandonaban á los impulsos de su pasión inmensa.

Una noche, noche calurosa del mes de agosto, la brisa dormitaba perezosa no moviendo ni las frágiles hojas de los árboles, la luna no había parecido todavía y las estrellas brillaban con su luz titilante sobre el oscuro azul del firmamento.

El tío Pedro volvía á casa con el azadón al hombro, luego de haber estado regando un campo que poseía á bastante distancia. Al pasar cerca de las tapias de su corral, pareció oír un ruido extraño, algo como un gemido, como un rumor, como la dulce vibración de un beso.

Caminando blandamente se acercó á la puerta del corral y la encontró entornada, se aproximó más con mucho cuidado y puso su oído junto á las tablas. El tío Pedro temblaba de emoción, los pelos se le erizaban y su respiración anhelante parecía que iba á delatar su presencia en aquel lugar.

Al poco rato se retiró apresuradamente. Todo lo sabía; al otro lado de la puerta estaba su hija, no le cabía la menor duda, había oído su voz como así mismo la del señorito Rafael. Hablaban, hablaban de amores, respiraban, se besaban ¡sí, se besaban! bien claramente había llegado á sus oídos el suave rozar del beso, que había repercutido en su corazón como pinchazos y en su rostro como el brutal chasquido del látigo. Hablaba su hija de algo que él apenas pudo entender, pero que adivinaba, algo de próximas penas, de delito cometido, de reparación de falta y de la vergüenza que presentía y luego oyó también como los sollozos la sofocaban.

El pretendía consolarla con palabras dulces y aquellos besos sin duda recogían sus lágrimas.

El tío Pedro no pudo dormir en toda la noche y apenas el cielo empezó á teñirse con los colores de la aurora, saltó del lecho apresuradamente.

Rosita se levantó aquella mañana más tarde que de costumbre; en su bello rostro llevaba impresas



las huellas del insomnio, el tío Pedro la cogió las manos, acercó su rostro al de su hija, la miró á los ojos con los suyos muy abiertos como si quisiera penetrar hasta el fondo de su conciencia y leer en ella para no preguntar y convenido al fin de lo infructuosa de aquella investigación, díjola de prisa, atropellándose como si las palabras salieran á borbotones quemándole la boca.

—¡Lo sé todo, todo lo oyes; ayer noche os oí hablar á ti y á él; eres una miserable, una mala hija, una infame!

Con sus dedos crispados destrozaba las delicadas manos de su hija, acercaba más y más su rostro pálido de ira, al de Rosa rojo por la vergüenza y su mirada penetrante, sugestionaba á la pobre criatura.

Y Rosa lo contó todo entre sollozo y sollozo que la ahogaban. Rafael no estaba dispuesto á reparar la falta, la diferencia de clases lo impedía, él la protegería, eso sí, no abandonaría nunca el fruto de aquellos amores mantenidos á favor de las sombras de la noche, pero casarse, no, él lo deseaba, pero su familia se opondría, lo sabía bien.

Cuando Rosa concluyó, cuando cayó á sus pies falta de fuerza y transida de dolor y de vergüenza, anegada en llanto pidiendo perdón, el rostro del tío Pedro, tenía los lívidos colores de la muerte.

Contempló por un momento á su hija en aquella dolorosa actitud y dirigiendo á la alquería de Rafael una mirada que revelaba todo el odio que sentía su pecho, exclamó con lúgubre acento.

—Levanta, yo lo arreglaré todo, te haré justicia.

Y dando la espalda á su hija, se dirigió con precipitados pasos por la senda que conducía al camino.

III

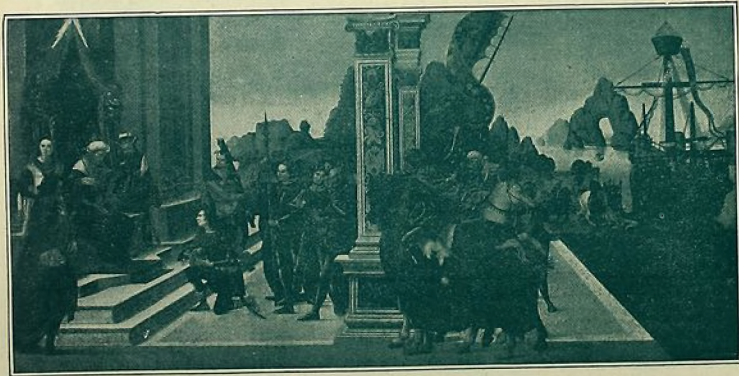
La noche era hermosa, apacible, tranquila; todo estaba en calma, todo reposaba. De tarde en tarde se oía el ladrido de un perro que ahuyentaba el miedo de ese modo, algún grillo cantaba con su monótona melodía y la brisa se deslizaba suave, esparciendo el aroma de las flores que recogía á su paso besándolas cariñosa.

La luna esparcía á intervalos su nivia luz sobre los campos y el puro azul del cielo, estaba manchado por pequeñas nubecillas, que parecían extravagantes figuras blancas bordadas sobre una inmensa túnica azul.

Rafael avanzaba silencioso y tranquilo hacia el lugar de la acostumbrada cita, ageno de cuidado y acariciando en su mente la dicha próxima que ya le aguardaba. Llegó cautelosamente á la pequeña puerta del corral, se detuvo un momento y dió dos golpecitos en las débiles tablas.

En el mismo instante, una llamorada lució como un relámpago detrás de un árbol cercano, sonó la detonación de un arma de fuego, se oyeron casi simultáneamente dos gritos, uno de dolor, otro de angustia, el cuerpo de Rafael rodó por tierra, una figura de mujer, desde la puerta del corral corrió á él desolada y una sombra, destacándose del tronco del árbol de donde salió el tiro, se deslizó, ocultándose y se perdió en la oscuridad de la noche.

NARCISO DE HOYOS



LA PARTIDA DE LOS ARGONAUTAS, cuadro de Piero di Cósimo

NOTAS DE SPORT

Football.—El más interesante y mejor de los partidos de este juego que se han desarrollado en esta capital fué, sin ninguna duda, el que tuvo lugar la tarde del domingo, 9 del actual en el espléndido campo de juego del «F. C. Barcelona», entre su primer *team* y el primero del «Hispania A. C.»



del «Barcelona», como lo prueba el hecho de que se apuntó el «Hispania», durante esta primera parte, cuatro «cornerkick» (saque del rincón de meta hacia la misma por los contrarios) por uno el «Barcelona». Durante esta parte fué admirable el juego desarrollado por D. J. Morris, que actuaba de medio centro del «H. A. C.»; Maier, del «F. C. B.», rayó también á gran altura.

El resultado de esta primera



parte fué, pues, un empate sumamente honroso para ambos bandos, que demuestran hallarse en evidente equilibrio de fuerzas; tanto fué así, que entre la concurrencia se decía que la victoria dependería probablemente de un incidente fortuito ó de una inclinación del juez árbitro por uno ú otro bando.

La segunda parte del juego no fué tan viva como la primera, y durante ella el «Barcelona», que



jugaba en la parte alta del terreno, aprovechó esta circunstancia para verificar algunas buenas salidas, representado por su línea de ataque provista de gran acometividad: Gamper, Steimberg, Parsons y Green arrancaron varias veces con alma, logrando burlar las líneas defensivas del «Hispania» y aproximar la pelota al «goal» tanto, que dos ó tres de ellas dieron ocasión al señor S. Morris de lucir sus incomparables dotes de guarda meta («goal-keeper»), y en una de ellas lograr un «goal» debido á M. Steimberg. Este «goal», que fué protestado por el capitán del «Hispania» por haber sido tocada con la mano la pelota antes de él, fué declarado válido, y saludado con estruendos aplausos.

Poco después terminó el partido, que dejará impresionable recuerdo en cuantos lo presenciaron, dándose los ¡vivas! y ¡hurras! de costumbre.



AMORES MODERNISTAS Y CELOS MAL REPRIMIDOS



Ayuntamiento de Madrid

Con
los señ
dores el
album

Sidon
Zola.
La p
Bernard
El ar
reliano
La vo
Emilio
El fin
Alexis.
Santi
Zola.
La fies
Zola.
El sec
de L'Isle
Sin tr
Los s
(ilustrac
El mo
rico Sou
La in
por Carl
Para p
nistració
za de Te

No h
resulta
que el
del doc

Con el
publicad
D. M. M

Ciud
Consta
está sit
ancho
bre, ti
espacio
pesca
actual
dola c
frances
Son e
las inm

ENSHV

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 12.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de León, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar, (ilustrada) por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

.*

No hay remedio que procure resultado más feliz que el famoso callicida del doctor LADIVONSIM.

.*

Con el título de *Gente de tablas* ha publicado el notabilísimo escritor D. M. Martínez Barriónuevo una

FRASE HECHA, por Novejarque



preciosa novela de costumbres teatrales, que al magistral estudio de los caracteres reúne el palpante interés de una trama tan ingeniosa como conmovedora, que hace no pueda en erumpirse la lectura una vez principiada.

Tratándose del Sr. Martínez Barriónuevo no es necesario encarecer la brillantez del estilo y la exquisita delicadeza con que están analiza-

dos los sentimientos que animan á cada personaje. Una vez más ha demostrado el autor de *La Generala* y *Juaneta* sus extraordinarias dotes de psicólogo claro y sutil, por más que no sea menester tal condición para avalorar ninguna de sus obras, verdaderos modelos de admirable lenguaje y fluidez de estilo.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior

Mosdico acróstico.—



Jeroglífico.—Alumbre.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

S. S.—Valencia.—Aceptada la poesía, pero no respondo de que pueda publicarse en seguida.

E. del R.—Madrid.—Como ya le dije irá alguna cosa.

F. de U.—Madrid.—Perdone usted, querido amigo, que me reserve el nombre de ese timador de Fornas, pues creo que bastante castigado queda con el descubrimiento de su manera de afanar. De todos modos lo tengo puesto en el índice de los saltadores del Parnaso, para los efectos oportunos.

F. M. I. A.—Valencia.—Irán todo, con las correcciones que ha enviado.

E. C. C.—El asunto es bonito pero hubiera preferido que lo hubiese puesto usted en verso. En prosa resulta demasiado inocente.

B. G. N.—Madrid.—Irán algunos cantares en cuanto comience á escampar algo.

M. M.—Madrid.—Aunque la poesía queda aceptada no puedo asegurarle que de tardar tanto como la otra en insertarse.

M. F. R.—Barcelona.—El madrigal adolece de algunos defectillos. Y además no es madrigal.

A. A. C.—Madrid.—El desenlace del cuento es inadmisibles. Los dos trenes debían chocar á la fuerza á pasar de la interposición de la desgraciada Mercedes.

F. R. de S.—Madrid.—A una flor resulta una romanza de los tiempos de *El Valle de Andorra*. El cuento tiene gracia en cuanto al lenguaje, pero el asunto es poco interesante.

J. S. T.—Barcelona.—Queda aceptado uno de los cuentos.

ACERTIJO

FOR

NOVEJARQUE

P

BENLLIURE

Ciudad de la provincia de Constantina en la Argelia; está situada en la costa, en un ancho golfo al que da su nombre, tiene magnífico puerto, espacioso y cómodo, donde se pesca el coral, la población actual es nueva constituyéndola casi exclusivamente franceses.

Son en extremo pintorescas las inmediaciones.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ITALIA



COMPANHIA ALPINA: OFICIAL